

---

---

## V—El Molde Americano

Montgomery, Noviembre de 1914.

Mi querida tía:

New York es aquí la ciudad imperial y a New York se vuelven ingenuamente las miradas azules y vacías de estas gentes, pensando de la mejor buena fe que New York es algo más que una antesala del Paraíso, pero no del paraíso bíblico que con manzana y serpiente ningún atractivo tendría para el temperamento y las costumbres del habitante de este país, sino un paraíso con gasolina y electricidad. Así, el que ha visto New York, puede asegurar que ha visto todas las ciudades de este país; aquí toda ciudad que se respete ha de tener una calle que se llame "Broadway," aun cuando sea más estrecha que nuestro callejón de Sombrereros; si está situada a orillas de un río, primero le falta el sol que un paseo que ha de llamarse necesariamente "Riverside Drive," y aun cuando sean más planas que la superficie de un espejo, todas tienen su "down town" y su "up town"—ciudad baja y ciudad alta.—*Down town*, que en resumen es la sección comercial, invariablemente está compuesta de muchas manzanas de casas horribles, doblemente horribles por la negrura que les comunica el humo incesante, y de unos cuantos edificios sumamente altos, tan altos, que su altura sólo es superada por su fealdad, verdaderas torres de cal y canto, con un gran número de boquetes, que diríamos ventanas en tierra de cristianos. En cuanto a *up town*, para darle a

Ud. una idea de cómo es en no importa cual ciudad de Estados Unidos, tengo que valerme de una comparación que acaso le resulte un poco forzada: en resumen, *up town*, o sea la sección de residencias, donde vive o mejor dicho donde debiera vivir aunque sólo duerme esta gente, es una reproducción de bulto y en verde de aquel cuento con que dormían a nuestras mamás allá en tiempos de Comonfort: "*este era un gato que tenía los pies de trapo y los ojos al revés; ¿quieres que te lo cuente otra vez?*" La primera residencia de *up town*, lo mismo a derecha que a izquierda, es una casita de madera, con techo de pizarra, columnas y escalerita, reja al frente y un pradito de verde pasto, que aquí llaman *grass* no solamente los que hablan inglés sino los que debieran hablar y creen que hablan español; la segunda es otra casita de madera, con techo de pizarra, columnas y escalerita, reja al frente y con un pradito de *grass*; la tercera, es una casita de madera, con techo de pizarra, columnas y escaleritas, con reja al frente y un pradito de *grass* y la centésima es una casita de madera, con techo de pizarra, columnas y escaleritas, reja al frente y pradito de verde *grass*, y la milésima... la milésima residencia es también idéntica, pero esto no lo sabe Ud. sino por referencia, porque cuando, sentada en su asiento del tranvía, pasa Ud. frente a ella, ya va Ud. profundamente dormida, como profundamente dormida estaba Ud. hace cincuenta años, cuando su "nana" por centésima vez le decía: "este era un gato que tenía los pies de trapo, etc." De esta manera, cuando después de un rato de ir distraído, al correr del tranvía pretende uno de pronto orientarse y determinar en qué sitio se encuentra, lo que menos sirve es mirar a uno y otro lado para guiarse por los signos especiales de la construcciones, puesto que todas son iguales: lo que aquí se hace es preguntar al conductor: "¿en qué cuadra vamos?" pues ha de saber Ud. que para conducirse en este "laberinto" de la uniformidad limitada y monótona, como limitados y monótonos son los espíritus, la autoridad municipal, en funciones de Ariadna, no ha encontrado otro "hilo" que el sistema de numerar las manzanas, sin lo cual, distraídamente, lo mismo podría Ud. bajarse del tranvía a las puertas de su casa que a cien cuerdas de distancia.

Así, mi querida tía, resultaría inútil hacerla acompañarme a través de este país, toda vez que lo mismo en New

York que en Baltimore, en Philadelphia que en Chicago, en Atlanta que en New Orleans, en Wilmington que en San Antonio, grande en lo grande y chico en lo chico, nada vería Ud. que no fuera lo que ya dejó inventariado y descrito con una minuciosidad y un detalle que puede resultar un punto más que fastidioso; pero que resulta indispensable, según yo, para darse cuenta de las cosas de acá.

Así, doy por hecho que Ud. ha visto ya a través de mi retina el aspecto de todo este enorme país y en lo sucesivo le daré a Ud. mi punto de vista en cuanto a sus instituciones y fenómenos que de manera más fuerte soliciten mi atención, comenzando en mi próxima carta por el temperamento colectivo que determina esa exasperante uniformidad, que desde luego hiere aquí el espíritu de los latinos, temperamento para el cual no encuentro designación más justa, rigurosa y apropiada que la de "rebañismo."

Suyo siempre sobrino afmo.



---

---

## VI—El Rebaño de Panurgo

New York, Noviembre de 1914.

Mi querida tía:

El sentido o el hábito de la observación, está mucho menos generalizado de lo que podría suponerse a priori; de cada mil seres vivientes, de los que caen bajo la clasificación de *genus homo*, 995 cuando menos pasan junto a las cosas, fenómenos o instituciones sin sospechar siquiera su existencia: gentes limitadas y rutineras, sin personalidad propia alguna, que no aciertan a andar sino sobre huellas sumamente trilladas; pero no se necesita sobresalir gran cosa por encima de la estatura media de la pobre humanidad, no se necesita ser un prodigio de observación para percibir, desde las primeras veinticuatro horas que pasa uno en este país, que su carácter distintivo, contra el cual se da uno de narices cada dos minutos, es el *rebañismo*, la tendencia invencible e inconsciente a ir por donde van los demás, sin preguntar, sin imaginar siquiera que deba uno preguntar ¿adónde y a qué se me lleva?

Aquí todo el mundo hace las cosas por la razón sencillísima y para estas gentes irreductible, de que eso mismo hacen los demás.

En los colegios de este país, los directores se quejan de los jóvenes latinos como ingobernables.

Mientras que los jóvenes yankis cumplen ciegamente

las órdenes superiores, los latinos frecuentemente preguntan ¿por qué?

Y yo le declaro a Ud. mi muy estimada tía, que yo me siento orgulloso de ese otro defecto que estos señores nos han descubierto, porque, en resumen, al preguntar ¿por qué? no hace sino reivindicar los altísimos fueros de la razón y el libre examen.

Pero objetará Ud. *in pectore*, con aquel criterio que se nos quiso remachar durante la dictadura del General Díaz: por ese vicio, por esa rebeldía latente y perpetua, no podemos organizar una democracia, porque nos falta esa "disciplina" americana. Riase Ud., mi querida señora: todo eso no es más que literatura, y literatura embustera: esto es ya cosa corriente entre nosotros, gracias al obligado viaje a este país que hemos debido hacer muchos miles de mexicanos. No haya cuidado de que se nos siga llenando el cerebro con mentiras acerca de las maravillas de Uncle Sam: ahora ya sabemos a qué atenernos, y sabiéndolo, le digo a Ud. que aquí no hay tal "disciplina" sino "rebañismo" puro y llano, a tal grado que si de mí dependiera, yo mandaría quitar de la isla de Bedloe la bien conocida estatua de la Libertad, que es el primer "timo" con que tropieza Ud. desde la bahía de New York, y en el mismo sitio erigiría otra estatua más grande, mucho más grande, una estatua colosal a Panurgo, el de los famosos carneros!

La primera vez que lo observé, fue acabando de llegar a New York, una tarde en que desde las alturas del "World," allí a veinte o más pisos sobre el nivel de la calle, en un momento de lo que aquí llaman *homesick*, de profunda melancolía por México, miraba yo sin ver hacia abajo, al suelo del City Hall Park, donde se encuentra la cabeza o extremidad del Puente de Brooklyn, que corresponde al antiguo New York, o sea a Manhattan Island. Permítame Ud. de paso decirle que Brooklyn no es propiamente una ciudad sino un dormitorio público, un gigantesco dormitorio donde dos millones de personas pasan la noche y que por la mañana se vacía sobre New York, como una de nuestras plazas de toros después de la corrida, sólo que aquí en escala gigantesca mayor. Y ahora me ocurre pensar que acaso a esta circunstancia se deba al fúnebre aspecto de Brooklyn: puesto que no ha sido hecho más que para dormir, y para

dormir lo mejor es la obscuridad, de allí que Brooklyn sea hórridamente negro.

Desde una de las más altas ventanas del edificio del "World," le decía yo, miraba sin ver hacia el suelo, con el alma muy lejos de allí, allá en México. Hacía ya rato que habían dado las cuatro de la tarde y el tráfico en la vía pública no era mayor cosa. En algún reloj sonó una hora, no sé cual, probablemente las cinco, es decir la hora del *rush*, en que dos o tres millones de personas salen de las tiendas y oficinas y se desalojan de *down town* hacia *up town* y hacia Brooklyn sobre todo.

¿Cómo pintarle el espectáculo?

Imagínese Ud. en un moderno aeroplano volando sosegadamente sobre una de nuestras dormidas lagunas del Sur de México, a donde desaguaran quince o veinte ríos diversos; que repentinamente la superficie de cada río se cubriera de infinitos sombreros de paja llevados por la corriente con un rumor creciente y enorme hacia la laguna y que una vez cubierta asimismo la superficie de ésta de los propios sombreros de paja, se derramara por un recodo cualquiera, y esto le servirá para imaginar lo que yo veía desde mi altura. De las mil diversas oficinas y establecimientos que se cierran a esa hora, aflúan a las calles y de allí a la plaza, al Park Row y al City Hall millares y millares de hombres todos con sombrero de paja, que luego desaparecían por el Puente de Brooklyn. Y todos aquellos sombreros son de la misma paja, del mismo color, con la misma cinta, con el propio lazo, de idéntica altura, comprados en la misma fecha y... iba a decirle que de la misma medida, pues no dudo que todas estas gentes tengan el mismo desarrollo craneano.

Ahora, esto no le sorprenderá cuando sepa Ud. que en toda la ciudad de New York, y en todo el Estado de su nombre y en todo este inmenso país, todos los hombres se ponen el sombrero de paja en el mismo día de la estación calurosa y el sombrero de fieltro en otro día, siempre el mismo, de la estación otoñal. ¿Lo había imaginado Ud., jamás?

Por lo demás, estas manifestaciones de "rebañismo," cuyo origen inmediato trataré de explicarle después, son fomentadas por el comercio, la industria y otras potentes organizaciones económicas que, como los famosos trusts, no ven en el pueblo sino un objeto de explotación, a la que estas

gentes se prestan con una docilidad que daría risa si no causara cierta pena y que, por lo que a mí hace, le declaro a Ud. que me reconcilia con muchos de nuestros graves defectos ancestrales.

En determinado día, todas las tiendas de la ciudad donde Ud. reside, amanecen con sus escaparates llenos de sombreros para la nueva estación, hablo, se entiende, de sombreros masculinos. Seguramente Ud., recordando un escaparate de sombrerería de la ciudad de México, imagina que en una tienda de New York la diferencia consistirá en que aquí hay mayor variedad de formas. Pero nada más lejos de la verdad, carísima tía: precisamente lo contrario es lo que sucede: desde Boston a San Diego, de Seattle a Key West, de New York a San Francisco y de Niagara Falls a Galveston, no encuentra Ud. más que una forma de sombreros.

Comprenderá Ud. que esto resulta de perlas para los fabricantes, porque sin exprimir la imaginación, sin apurar la fantasía, con una sola forma de sombrero se realizan fabulosas ganancias, puesto que en sólo una semana, toda esta infinita tropa, de cien millones de habitantes, cambian sus dólares por el nuevo sombrero, que al día siguiente ve Ud. en las calles cubriendo todas las cabezas; pero no me negará Ud. que la estética, el buen gusto y lo que llamamos "el sabor de la vida" resultan sumamente maltrechos con todas estas cosas.

Esta invencible tendencia de los americanos a no hacer sino aquello que hacen los demás, a mantenerse dentro de una rutina de límites sumamente estrechos, ofrece claras manifestaciones en todas las esferas de la vida: en los hoteles, distribuidos todos con arreglo a un plan único, amueblados de idéntica manera, con su Biblia en cada cuarto, con idéntica lámpara doble sobre el tocador y hasta con los mismos tapetes blancos sobre mesitas absolutamente iguales; en los restaurants, donde desde la fachada hasta la cocina, pasando por el "bill of fare," lista que diríamos en México, y por los botellones de agua, reina la más completa identidad; en sólo New York hay setenta y dos restaurants "Childs" en donde sería completamente inútil buscar un guisado, una copa, un plato, un asiento o un tornillo que no encuentre Ud. en todos los restantes; en los teatros—de que trataré especialmente—tan parecidos en cuanto a local, programa, personal y público, como parecidas son dos gotas de agua; en las "drug

stores" o droguerías de tipo tan uniforme, que a cualquier distancia puede Ud. reconocerlas, con la peculiaridad, que me permitirá Ud. anotar al paso, de que en ellas le venden a Ud. todo, chanclos de hule, juegos de *base ball*, libros, papel y plumas, helados y refrescos, chocolates, todo, menos medicinas; y por último, hasta en aquellos órdenes adonde la influencia de la tontería humana parecería no poder llegar, como los incendios, que en este país comienzan en determinado día, porque en ese día, precisamente de Otoño, todos encienden las estufas para calentarse, aunque los termómetros, estos bárbaros termómetros "Fahrenheit," todavía estén marcando los 102° grados con que tan a menudo se achicharra uno lo mismo en Boston que en New Orleans.

Y como si algún genio benéfico quisiera ayudarme, he aquí que entre un montón de periódicos, encuentro una caricatura publicada por un gran diario del Sur, en un día 18 de Septiembre, que servirá para demostrarle cómo en todo lo que llevo escrito no peco por exageración, sino más bien por defecto.

En esta caricatura, que encontrará Ud. incluso, un *police-man* gigantesco—porque en este país la condición suprema para ser policía es la estatura desmesurada— lleva de la mano a un muchacho lloroso, que representa al personaje "sombrero de paja," y para que no haya lugar a dudas lleva en el vientre un rótulo que así lo dice, "straw hat." El policía que lo lleva de la mano, lo reprende con dureza en estos términos:

—"Don't yo know you've got no bussiness on the streets after Sep. 15th.?"

Lo que en lengua de cristianos significa:

¿No sabe Ud. que después del 15 de Septiembre no tiene Ud. nada que hacer en las calles?

Pero acaso donde más me chocó este rutinarismo estrecho y pobrísimo, fue en la manía universal aquí de ir corriendo por las calles sin objeto ni motivo. Aquí nadie anda, propiamente, sino que todos se atropellan con un atonondramiento tanto más irritante cuanto que carece de objeto y de utilidad; todos avanzan sin ver, y las deliciosas *girls* que en número acaso mayor que el de los hombres, llenan las calles y discurren enseñando aquí y allá hermosas pantorrillas hasta una altura que entre nosotros resultaría psicalíptica, perderían su tiempo lastimosamente si se propu-

sieran llamar la atención de este tropel de hombres hostigados que llenan las calles.

A mí me exasperaba en New York, y como se lo manifestara a un viejo amigo, gringófilo decidido, que lleva más de treinta años de vivir por acá, se encarnizó en su defensa, diciéndome que toda esa gente era de trabajo, que va aceleradamente a sus empleos y que se expondrían a perderlos si procedieran con nuestras habituales demoras.

Esto, que se explicaría en la mañana, no se comprende por las tardes, cuando no van a sus empleos sino que salen de ellos, cuando sería natural y grato el andar pausado, el andar de paseo, respirando a plenos pulmones, sintiendo la alegría de vivir, y sin embargo a esa hora también corren desafortadamente.

Perc no contento con esto, una vez me dí a seguir a uno de aquellos seres desatentados, empujados por la prisa; me cosí a sus faldones y corrí detrás de él hasta que le ví entrar en una oficina de *down town*, en Front Street. Me valí de un ardid para llegar hasta allí, y cuál no sería mi sorpresa, cuando en lugar del individuo atareadísimo que yo esperaba, contando los minutos y valorizándolos en dollars, encontré a un sonriente sujeto, sentado frente a un escritorio, con los pies cruzados en alto, mascando más que fumando un gran puro, y riendo beatíficamente con las ingenuidades infantiles de la sección jocosa de un diario de la mañana!

Por donde vine a comprobar que esto del incesante correr, es por lo menos en parte, otro timo de acá. (\*)

Esos "movimientos" colectivos del comercio y de las organizaciones económicas de este país, de que hablé antes, que tanto contribuyen a desarrollar el temperamento "mou-tonnier" de estas multitudes, de suyo ya muy pronunciado,

(\*) Meses después de escrita esta carta, encuentro en el periódico festivo "Life," de New York, Junio 24 de 1915, una caricatura de la "actividad" americana, que ocupa toda una página y que lleva los dos títulos siguientes: "The Terrible Rush of Metropolitan Life.—Those busy New-Yorkers," lo que yo traduciría con cierta libertad en "español de México," del modo siguiente: "El Terrible Agigolón de la Vida Metropolitana.—Los atareados neoyorkinos." En dicha caricatura se vé en un ángulo toda una muchedumbre escuchando el discurso de una vieja sufragista; a la izquierda, un cordón de pueblo, tras de un "policeman" que lleva de la mano a un chiquillo; más allá, un enorme corro formado alrededor de dos muchachillas que bailan en plena vía pública, al son de un órgano de Berbería; atrás, otra aglomeración provocada por un hombre que desciende al fondo de una alcantarilla por un "pozo de visita"; otro grupo de apresurados ciudadanos "se hace bola" frente a los aparadores de una fonda barata; doscientas personas más, rodean el coche de un "merolico" que preconiza un específico para los callos; una enorme multitud se arremolina ante un pleito de perros, etc., etc., etc.; escenas todas, que revelan en qué emplea su tiempo ese rebaño que a través de Broadway y afluentes, corre desalado como si no tuviera un minuto que perder.

unas veces son espontáneos, indeliberados, y otras obedecen a un acuerdo del gremio. De esta última clase fue la campaña "pro cotton" hecha el año pasado en el Sur de Estados Unidos para aliviar la condición de los algodoneros, que habían visto bajar súbitamente su mercancía a precio de ban-carrota. Entonces se puso de moda comprar una paca de algodón, que el comprador exhibía en las puertas de su casa con un cartel que decía: "Yo he comprado mi paca de algodón; Ud. ¿ha comprado la suya?" Y esto duró varios... iba a decir varios meses, pero aquí no se cuenta por meses sino por semanas, lo cual, bueno es que lo anticipe yo desde ahora a reserva de explicarlo después, constituye otro "timo," un timo de especie originalísima.

De mucho menos duración e intensidad fue el movimiento en favor de los plantadores de naranja, pues se limitó a un día, que se llamó "orange day." Para ayudar a los plantadores de naranja, a fines del año pasado se organizó en el Sur—yo estaba en New Orleans—un "orange day," frase con la cual se quiere significar que aquel día los americanos del Sur usarían la naranja para todo, no solamente para comer, sino para dijes de relox, para collares, para adorno de las casas, para las ruedas de los automóviles... qué sé yo.

En el *boarding house* donde yo vivía— uno de los... 99.999 *boarding houses* que hay en New Orleans, como en todos los Estados Unidos, que sin ellos no podrían vivir, puesto que aquí casi nadie vive en su casa—en el propio *boarding house*, digo, habitaba también un viejecito, último superviviente de una vieja familia de plantadores de algodón, que podría ser representativo del pueblo americano, el cual, por encima de todas las cosas, sentía odio y horror por la naranja, que le resultaba un veneno, según me refiriera una mañana que me encontró desayunando con naranjas.

Cuando aquel día, al toque reglamentario de la campaña, bajé al *dining room* (lea Ud. comedor) no diré precisamente que a comer, porque faltaría yo a la verdad, sino a sufrir el martirio ritual que aquí se llama "luncheon," ¿qué dirá Ud. que encontré con el asombro consiguiente? A mi mencionado viejecito con un plato de naranjas por delante!

—¡Cómo!, Mr. B....—le dije—¿no me había dicho

Ud. que la naranja le hace mucho daño?

—Ciertamente, Mr. Moheno,—me replicó— la naranja para mí es un veneno!

—Pero, entonces ¿por qué la come Ud.?

—Porque hoy es "orange day" y todos tenemos que comer naranja!

He aquí un ejemplar digno de figurar en perpetuos archivos.

Suyo de todo corazón,



## VII—Los Timos de Acá

New Orleans, Diciembre de 1914.

Mi querida tía:

Los fotógrafos observadores saben bien que las personas y las cosas notablemente bellas, *se resisten* a la fotografía. El retrato de una verdadera belleza femenina casi siempre es inferior al original viviente, al revés de las feas, que por lo general resultan mejores en fotografía. Otro tanto sucede con los objetos, principalmente en el orden monumental. Cuando se contempla en fotografía el Puente de Brooklyn, la Aduana o el Correo de New York, imagina uno que tales estructuras son, si no precisamente bellas, por lo menos muy aceptables; pero cuando se tienen los originales a la vista, se sufre una gran decepción. Nadie que conozca en tarjeta postal nuestro "Centro Mercantil" erigido en el sitio que ocupó el viejo Portal de Agustinos, podría imaginar toda la cantidad de mal gusto derrochada en aquella construcción, y en un orden contrario, tampoco llega uno a sospechar todo el arte exquisito de nuestra iglesia de La Santísima, por ejemplo. Estas peculiaridades, para cuya enunciación imperfecta yo he necesitado una página, es lo mismo que en admirable síntesis expresa la vieja frase popular: *de lo vivo a lo pintado*.

Mentiras fotográficas por arrobas y mentiras gráficas por toneladas, divulgadas todas a servicio del bluff ameri-

cano, mantienen fuera de las fronteras de este país una serie de falsedades, como si fueran otros tantos evangelios; mentiras que debe uno desbaratar, hasta en interés del mismo país que, por fortuna para él, tiene mucho de qué enorgullecerse sin necesidad de ocurrir a tales expedientes. Unos por interés y otros por falta de valor, casi todos los que escribieron sobre este país no quisieron ver sino exterioridades deslumbrantes, que a menudo esconden fragilidades peligrosas, vicios penosos de confesar, o llagas poco presentables. Puesta aparte la legión de los mercenarios y de los que por algún interés específico se dedican sistemáticamente a adular la vanidad yanqui, es lo cierto que la mayoría de los escritores que glosaron sus peregrinaciones por esta y otras tierras, no se atrevieron, sino por excepción, a salirse de los senderos conocidos. Se necesita buena dosis de un valor *sui generis* para confesar que no hemos sentido ninguna emoción en presencia de bronce, mármoles y lienzos perdurables que veinte generaciones ponderaron. Para declararse iconoclasta, como, en general, para salirse resueltamente de la fila, es menester un temperamento sumamente sincero o una originalidad suprema a servicio de un genio especial: en lo grande o en lo pequeño, ¡cuántos Galileos han sufrido la tortura por golpear en el rostro del rebaño humano, incapaz de percibir sino las predigeridas y tardías nociones del estrecho sentido común!

Producto de esa propaganda que los mexicanos mismos hemos hecho con frecuencia, gratuita e inconscientemente, es más de un concepto embustero que tenemos allá respecto de estos caballeros.

Qué raro es que tengamos una sola noción justa y verdadera de este pueblo. Para muchos mexicanos ésta es la patria de la higiene, la tierra clásica de la libertad, el país de origen de la justicia, la portentosa incubadora de toda clase de maravillas: se nos ha dicho tantas veces en libros, periódicos y magazines, que no puede menos de ser cierto!

¡Oh! ¡la higiene! No recuerdo quién fue el que allá en México tuvo la peregrina ocurrencia de proponer la creación de un Ministerio de Higiene; pero lo que sí sé de ciencia cierta, es que ese tal, procedía por filiación directa de los higienistas de acá.

Por lo demás, la higiene aquí no es más que un timo,

sólo que los mexicanos que se han quedado allá, no están en el secreto.

¿Llegó Ud. a enterarse, carísima tía, de la furiosa campaña de higiene que llevaron a cabo los americanos durante la ocupación de Veracruz? Todo el mundo sabe en México que una de las buenas obras de Limantour, llevada a cabo con ayuda de la benemérita casa Pearson, consistió en sanear Veracruz y el Istmo de Tehuantepec. En el Istmo, a lo largo del Ferrocarril, la radical extirpación de los mosquitos acabó con la fiebre amarilla y con la malaria y en Veracruz el saneamiento no sólo se limitó a acabar con los moscos, sino que, concluidas las obras del puerto, por obra también de Limantour y de Pearson, se dotó a Veracruz de un magnífico sistema de atargeas—que envidiarían muchas ciudades americanas—de agua abundante y buena, de un pavimento magnífico, tranvías eléctricos y superior alumbrado; de tal manera que a raíz de la ocupación americana, el jefe yanqui informó a su gobierno que las condiciones de salubridad eran excelentes y que el puerto podía figurar entre los mejores del Atlántico.

Sin embargo, a poco empezó la "lata" de la higiene, que por cierto se redujo a atropellar a las gentes, con una brutalidad de cosacos en tierra conquistada: cuando menos lo esperaba uno, a las seis de la mañana, o a las tres de la tarde, o a las doce de la noche que en cuanto a horas, todas eran iguales, se encontraba Ud. con que los agentes de la famosa higiene, le invadían las recámaras, y le echaban a Ud. los muebles a la calle, para prenderles fuego, a título de que eran viejos y en nombre de la higiene.

Lo cual bastó para que después de la ocupación, estos amables primos viniesen de allá a contar aquí con todo desparpajo, que habían saneado Veracruz!

Y lo más curioso es que hay no pocos mexicanos, y hasta veracruzanos, que lo creyeron y lo siguen creyendo.

Naturalmente, cuando desde México oye uno hablar a éstos de la higiene, de limpieza y de los estragos que producen los moscos, imagina uno que aquí no se respira el vulgar oxígeno de allá, sino más bien ozono químicamente puro y patentado, que de polvo y de lodo no queda sino una vaga tradición conservada por los octogenarios, y de mosquitos no se sabe otra cosa que el nombre técnico; pero los que hemos llegado de arribada forzosa—o voluntaria—a estas pla-



yas, sabemos ahora que esto no pasa de ser lo que allá, en corrillos de Plateros, el pórtico del "Principal" y otros lugares *ejusdem furfuris*, solemos llamar "un timo."

Para atmósfera irrespirable, la de estas ciudades americanas; en punto a limpieza e higiene, en pleno New York, en la parte vieja de la enorme ciudad, entre los judíos, por ejemplo, a orillas del río del Este, hay casas de viviendas que nada tienen que envidiar a nuestras "vecindades" del tipo antiguo, de aquellas que tenían en el zaguán el fétido "inodoro," si es lícito hablar así, y hay calles y calles que afrontarían victoriosamente la comparación con nuestro barrio de la Merced. En algunas ciudades, como la Capital de Alabama, hay sitios céntricos que harían sonreír a nuestra antigua plazuela de Montero y otros lugares "reputados" de nuestro barrio de la Palma, y, en fin, en materia de mosquitos, juro a Ud. que en New Orleans y en casi todo el Sur de este país, no tendría nada que echar de menos un rancharo de las riberas del "Pataxtal," "La Lagartera," "El Tintillo," allá en nuestro lacustre y fluvial Estado de Tascasco.

Sin embargo, cuando Ud. llega a Estados Unidos, le registran los ojos por miedo al tracoma, le meten un termómetro por la boca, por pánico a toda clase de fiebres; en una palabra, lo marean a uno con toda clase de molestias, cual si viniere procedente de algún campo de maldición, trayendo en una nueva caja de Pandora todas las calamidades imaginables y como si éste fuera el Paraíso de la Salud, donde no se reciben sino bendiciones. Pero es el caso que aquí como en todas partes y acaso más que en otras partes, hay tifoidea, tuberculosis, lepra, apendicitis, cáncer, bubónica. . . . ¡qué sé yo! En resumen, cincuenta años de higiene y de ejercicios atléticos, han hecho en Estados Unidos una bancarrota lamentable, una vez que el término medio de la vida americana no es más elevado que en el resto del mundo. Además, no hace mucho, en un documento oficial, publicado por lo que en México llamaríamos Consejo Federal de Salubridad, se reconoce y confiesa que los ejercicios atléticos, que tanto se nos han recomendado con tono de reproche, como el secreto de la salud, son, por el contrario, adversos a ella, y que, después de tanto ruido y tan pocas nueces. . . . hay que volver a la experiencia de nuestros abuelos, al único ejerci-

cio sano y grato al espíritu como al cuerpo, que consiste en andar a pie!

\* \* \*

Pues si en orden de higiene y sus derivados hemos venido a sufrir un verdadero desengaño, en materia de libertad la cosa ha sido mucho más gorda.

Porque ¿quién es el mexicano capaz de leer y escribir de corrido, que no sabe de ciencia cierta que aquí se goza de verdadera libertad?

En cuanto a los americanos, tan convencidos están de que no sólo aquí hay verdadera libertad, sino de que solamente la hay aquí, que si lo pusiera Ud. en duda los haría Ud. sonreír piadosamente; y no dudo que si supieran español, le dirían como el gitano aquel:

No me jaga ujte rei,  
que tengo el labio partío!

Para los americanos, cuya mentalidad es tan especial, y para los azorados inmigrantes y viajeros, la "Libertad iluminando al Mundo," no sólo es una galantería del pueblo francés hecha bronce colosal a la entrada de la bahía de New York, sino que es una verdad del tamaño de un Evangelio. "Si estos tíos, piensa el viajero, tienen aquí tan a la mano semejante libertad de bronce, ¿qué no habrá más adentro!" Y cuanto al hijo del país, nace y crece viendo tantas copias de la obra de Bartholdi, en ceniceros, "souvenirs," tapetes, carátulas, platos de loza y metal, cacerolas, marcos de espejos y cuadros, tinteros, lámparas eléctricas, pisa-papeles, periódicos, libros de texto, estampas y oleografías. . . . que acaba por convertirse en un *cliché* profundamente grabado en su espíritu. Y el americano, si hemos de creer a un compatriota de mucho talento que reside en New York, no puede discurrir sino por medio de *clichés*: es inútil, me decía aquel amigo, que Ud. se esfuerce en hacer entender a un yanqui quién fue el cura Hidalgo y cuál su obra benemérita: en vano le dirá Ud. que fue el caudillo que proclamó nuestra independencia, que una noche, allá en Dolores, reunió al pueblo y lo sublevó contra el gobierno colonial: la mirada del interlocutor americano permanecerá serena y azul sin la me-

nor señal de inteligencia; pero si en lugar de todas esas explicaciones le dice Ud. que Hidalgo fue "the Washington of Mexico," verá Ud. cómo, repentinamente, su pupila riente de niño candoroso se ilumina con un destello de inteligencia. Es que súbitamente ha comprendido, porque le habló Ud. en su *cliché*: para el americano, Washington es el *cliché* de los libertadores, y no concibe a Bolívar ni a Guillermo Tell, sino como un trasunto de Washington!

En materia de libertad, nuestra concepción difiere mucho de la de estas gentes. La libertad no es un derecho del ciudadano, sino del hombre, y por tanto, debe extenderse y amparar a todos los seres pensantes, sin distinción de nacionalidad, raza, cultura, salud, religión, costumbres, etc., etc. En un país verdaderamente libre, por tanto, el individuo, no solamente el ciudadano, debe estar seguro de que su actividad, de que su libertad de acción no será limitada mientras no invada la esfera del derecho ajeno o no cometa un delito. Pero las cosas no suceden así en este país de las maravillas.

El primer derecho del hombre es viajar libremente; y sin embargo aquí se le coarta ese derecho y se le molesta de mil diversas maneras por razones de higiene, por razones de raza, por razones de falsa moralidad, por razones políticas y por otras peores. Así, todos los días se inventa una nueva dolencia que le puede impedir la entrada a este país: hoy es el tracoma, mañana la tuberculosis y pasado mañana serán los callos o los juanetes; se limita la facultad de viajar a chinos y japoneses; se estorba la entrada a las mujeres que en concepto de los empleados de inmigración no resisten victoriosamente el paralelo con Susana, no la de la opereta, sino la famosa Casta de la Biblia, como si aquí estuviéramos en plena edad de oro y en una Arcadía bucólica, donde todo fuera inocencia y candor; por temor de que promuevan desórdenes, en determinado día se prohíbe a los mexicanos pasar la línea divisoria; se estorba el acceso por otros mil motivos, entre los cuales merece mención especial el de que determinado viajero caiga dentro de la categoría de "dangerous and suspicious character!" ¿No lo entiende Ud.? Pues voy a explicárselo.

Esto del "suspicious character" es una verdadera "martingala" del poder público americano, puesto que sirve para meter a la cárcel a cualquiera, aunque sea más honorable

que el propio San Francisco de Asís! ¿No le parece a Ud. mi querida señora, que estos "primos" podrían dar lecciones a nuestros más "expertos" jefes políticos?

Suponga Ud. que un alto empleado de la policía, del tipo de Becker, el ajusticiado de Sing Sing, anda un poco escaso de dineros y tiene vivos deseos de "armarse;" ¿qué hace? Pues nada más sencillo que valerse de la "martingala," el "suspicious character." Toma un periodista del género inmundo, que aquí es tan abundante como en tierra de Anáhuac y de acuerdo con él, al día siguiente, el diario inventa que las mujeres de mala vida, por ejemplo, ya están extralimitándose demasiado, pretexto con el cual nuestro hombre con sus gigantescos *policemen* da una batida por casas *non sanctas y cabarets*, arrea con cuanta persona le parece un "dangerous and suspicious character," y helo aquí con abundantes dollars en las bolsas.

Pero esta carta va siendo demasiado extensa, el tema es fecundo y para que pueda Ud. leerme sin fatiga ni aburrimiento, me permitirá que corte aquí para continuarlo en la próxima.

Suyo muy devoto sobrino,

